abc.es

sábado 23 de agosto de 2003

Opinión - Colaboraciones

La cátedra y la campana

Por OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

EL 21 de febrero de 1915 firmaba en Baeza Antonio Machado su elogio de Francisco Giner de los Ríos. Labores y esperanzas, empeño por la cultura nueva y voluntad de modernización científica, técnica y económica caracterizan esos años. Los nombres señeros de Ramón y Cajal, premio Nobel en 1906 y de Ortega y Gasset con su nueva revista son el marco de esas palabras del poeta. Por esos mismos años caía desvencijada por el peso del tiempo y la desatención del hombre la ermita de Cardedal. Sólo quedaban en pie un lienzo de pared, la espadaña y su campana.

En 1916, a la vez que se derruía la ermita, se construía la escuela y hacia ella se trasladaron la espadaña y la campana. Bajo ellas entraríamos los niños durante los sesenta años que duró el nuevo edificio. Este iniciaba el siglo, como símbolo de la cultura, la ciencia y la voluntad política de hacer uso público de la razón. Modernización de las instituciones y surgimiento de nuevos movimientos sociales caracterizan el momento, a la vez que el modernismo literario por un lado y el modernismo religioso por otro intentan superar la conciencia dolorida del fin de siglo, que más allá del desastre hispánico del 98, con su fácil interpretación literaria dada por algunos autores, es el choque entre dos actitudes: la ilustrada y la romántica, la que asume la historia encarándola y la que se deja apresar por una melancolía que no siempre discierne las fuentes vivas de nuestra historia que siguen manando, de las nieblas que oscurecen y de los señuelos que fascinan engañosamente a la inteligencia.

En el mismo elogio estampó Machado aquellos versos que han sido para muchos programa y lámpara de vida: «Sed buenos y no más, sed lo que he sido/ entre vosotros; alma,/ los cuerpos mueren y las sombras pasan,/ lleva quien deja y vive el que ha vivido./ ¡Yunques sonad; enmudeced campanas!»

¿Se volvían a poner de nuevo en contraste la ilustración y la oración, la industria que se atiene a la materia conocida y subyugada al servicio del hombre, con la llamada a trascender el tiempo y rimarlo con la eternidad, que ésa ha sido y seguirá siendo la vocación de las campanas? Yunques y libros, campanas y laboratorios, ¿han sido durante el siglo XX amigos fraternos y concordes colaboradores en la vocación humana o han terminado en distancia y choque?

Campanas grandes y campanas medianas, humildes cimbanillos, recónditos campaniles y esquilas, han ido rimando el tiempo de las ciudades convocando a la divina alabanza, recordando a ciudadanos y aldeanos, que la eternidad no es lo que adviene después del tiempo, sino la inserción del Absoluto, como Luz y esperanza en su conciencia personal y en su quehacer concreto. Las campanas rompen la monotonía del sucederse mudo y ciego de los instantes para abrirlos a su fondo de eternidad. Esta es la misión sagrada de las campanas, que en tiempos de violencia han convocado no sólo a la oración, el culto y la paz, sino también a la guerra y violencia. Su degradación llegó al extremo cuando fueron fundidas para construir cañones. Su serena voz de paz llamando a la oración se convirtió entonces en un ruido violento de destrucción y muerte.

¿Sería haciendo memoria gozosa o implícita confesión de culpas como escribe Heidegger en 1954 su breve texto: Sobre el misterio del campanario? Después de haber descrito cada una de las siete campanas de su aldea natal, los sones propios y las convocaciones que cada una de ellas tenía encomendadas, desde anunciar la misa mayor, doblar a difuntos o hacer resonar el Angelus al amanecer, a mediodía y al anochecer, escribe: «La misteriosa ensambladura (Fuge en alemán es a la vez término musical y costura de los instantes) en la cual se iban tejiendo las fiestas litúrgicas, los días de vigilia y el curso de las estaciones del año, las horas de la mañana, del mediodía y de la tarde de cada día, de forma que ininterrumpidamente un Läuten (tocar, sonar, doblar, repicar y voltear) iba transitando por los jóvenes corazones, los sueños, oraciones y juegos -esa ensambladura es realmente uno de los misterios más fascinadores, sanadores y permanentes del campanario, que trasformado e irrepetible se va regalando a sí mismo en su último sonar hasta adentrarse en la montaña del ser (ins Gebirge des Seyns)».

Montaña del ser y misterio de Dios. Mientras haya campanas, los humanos

sabremos que nuestra vocación definitiva no son la tierra, el silencio y la muerte sino el Ser, la Palabra y la Vida eterna. Ellas nos harán mirar más allá de los diminutos oteros de nuestros pueblos para columbrar las cumbres escarpadas, donde la luz es más real y el silencio que traen el ventalle de los pinos y el resol de las nieves nos remiten a nuestra irrestañable vocación a la altura y a la luz. ¿Qué encontramos cuando hemos llegado a las cimas de nuestras montañas o a los suelos de nuestros personales abismos? «Ha sido encontrada. ¿Qué? La Eternidad», escribió A. Rimbaud (La Patience).

La escuela de mi infancia estuvo presidida por la espadaña. A ella fui convocado todos los días a campana tañida. Pero los signos de esperanza con que se abrían el siglo y la escuela han cambiado su rumbo. Por aquellos años, con una manta al hombro, medio centenar de hombres, calle abajo, sin más bagaje que la esperanza, salían camino de Argentina. Tras un repunte de vitalidad en los años de la autarquía económica, la aldea se fue quedando vacía, la escuela fue cerrada y después de varios decenios de soledad es convertida en casa rural. Los mapas estuvieron por el suelo, bajo el polvo los libros, cuadernos, tinteros y compases, una esfera partida, un encerado desgarrado, fotografías de las supremas autoridades sucesivas de la nación desfiguradas o rasgadas por el suelo. Allí los decenios se han ido sucediendo sin rupturas, porque las novedades tardaban medio siglo en llegar y cuando ascendían a la altura de 1500 metros, en la que está situada mi aldea, eran ya antigüedades. Por eso allí no se cambiaba el nombre de las calles. Siguen siendo los de la naturaleza: Calle de la Fuente, de la Fragua, de la Iglesia, de la Dehesa. Nunca eran nombres de personas. Hace pocos días en una villa de ilustre trayectoria política comprobé cómo habían querido mantener esa memoria personal en los actuales rótulos de sus calles, poniendo en letra pequeña todos los titulares del siglo XX. Una de ellas comprendía la historia completa de este siglo: Duque de Frías (1923), Fernando de los Ríos (1932), Francisco Franco (1950), para concluir con su primitiva denominación: Calle del Hospital (1980).

Campo, ermita, escuela, casa rural. Esas han sido las formas primordiales, reflejo de la vida de una aldea española entre el comienzo del siglo XX y el del siglo XXI. A la inicial implantación en la naturaleza y en la fe, ¿ ha seguido la implantación en la cultura y en la libertad? Los hombres vamos descubriendo el mundo y nuestra relación con él, a la vez que nos descubrimos a nosotros y

a Dios. Ningún descubrimiento debe ser vivido como alternativa a lo anterior. Vamos dominando la naturaleza hasta guarecernos de sus asaltos, perderle el miedo y recuperar el gozo de estar protegidos ante ella. Pero cada vez que dominamos el mundo, somos remitidos al enigma de nuestra vida como personas, inmersos en el tiempo y ganosos de lo que la temporalidad alberga en su tuétano indestructible, como creadores y como creaturas. Naturaleza, historia y Dios nunca han sido alternativa para un ser humano, sensitivo y pensativo. Cultura, ciencia y fe tienen un origen común y un común destino. No en vano nuestro vocabulario castellano enhebra en la misma raíz la relación con la naturaleza (cultivo), con el espíritu (cultura) y con Dios (culto).

Todavía he llegado a tiempo para recoger los papeles y cuadernos. Pero ha habido algo ante lo que me he quedado sin palabras en la boca y con lágrimas en los ojos: el sillón del maestro. En su tabla interior, casi escondidas, escritas a lápiz, estas palabras: «Román Reviriego y Juan García, para Cardedal 1916». En su solidez ha llegado hasta hoy, tras haber soportado el peso y el empeño de los titulares de la escuela (todos hombres hasta 1946 y todas mujeres hasta 1976). ¿Qué hacer con él? Convertirlo en astillas para alimentar el fuego, hubiera significado para mí astillar mi alma, negar un siglo de historia, olvidar a quienes desde él enseñaron y a los niños que, hacia él mirando, aprendieron. Lo he recogido, limpiado, curado contra la carcoma, y al no saber de otro destino mejor, lo he llevado a la iglesia, para que sirva de cátedra desde la que se parta el pan de la palabra (evangelio) y el de la vida eterna (eucaristía). Ni el sillón puede encontrar mejor destino final, ni la iglesia puede recibir mejor préstamo, que es don y reclamación para que desde allí la voz de la cultura humana y de la presencia divina resuenen conjugadas en sinfonía fraterna.

Allí queda la cátedra junto a la campana, a recaudo y cobijo, cumpliendo una nueva misión, hasta que sea reclamado para iniciar otra andadura en esta misma aldea.